

LIBROS EN LOS OJOS

La música en la memoria

Miguel González Lomelí/ Genaro Pablo Macías Cambero, *El pitero de Xala*. Alejandro Ramos Zúñiga. *El jilguero madrugador*, CONACULTA/ CECAN-Nayarit/ PACMIC/ CECUPI, [Tepic] 2013, 124pp., fotografías.

Pasar al papel en letras de imprenta la experiencia del sonido de un instrumento ancestral, la chirimía, no es trabajo de especulación intelectual sino de cariño y memoria atenta. Por caminos inmemoriales e intrincados, este instrumento quizá originario de Persia, de la India o quizá de China, fue llevado por los árabes a España y llegó a Nueva España acompañando itinerarios militares de conquista o exploración y se aclimató en el Occidente novohispano, en su clima y en la vida social de su gente. En pocos lugares, sin embargo, recibió carta de ciudadanía tan plena como en la población antes neogallega, después jalisciense y en la actualidad nayarita de Xala (uso la grafía arcaica de los autores del libro). En las noches frescas del novenario de la Navidad, las del anuncio a los pastores para ir presurosos a Belén; en los viernes de cuaresma –los del pescado salado y la capirotada--, en las sobrias solemnidades de la Semana Santa; en las madrugadas del novenario de la Asunción de la Virgen en el mes de agosto, su sonido, melancólico o alegre, festivo o luctuoso, señalaba el rumbo del viento litúrgico y de los afectos de la feligresía cristiana al ritmo de los misterios de la fe, de la realidad palpable de que el mundo es escenario de la acción divina después de la Encarnación del Verbo, “que trajo consigo toda novedad.”

Pues la gran diferencia entre el cristianismo católico y la multitud de formas religiosas consiste precisamente en que Dios se ha hecho hombre en Jesucristo nacido de María y por consiguiente, lo humano toma otra dimensión: los santos, la Virgen y el mismo Jesús, niño en el pesebre o “varón de dolores”, se hacen compañeros de camino. Por ello, la llamada de atención de la chirimía al modo del llamado bélico a la lucha contra el mal en medio de la austeridad cuaresmal o como invitación a la alegría por el anuncio a los pastores o a la subida al cielo de la Virgen María, entrelazan el cielo con la tierra y le dicen al corazón de los hombres la verdad sincera acerca de su origen y destino: “*eius generis sumus*”, somos de su estirpe, de su familia, Dios está entre nosotros y con nosotros.

Sin grandes conocimientos teológicos, la sensibilidad católica ha vivido esas realidades y han constituido su gozo aun en medio de las tribulaciones y dificultades.

Este libro, a pesar de su brevedad material, lleva entre sus páginas la consignación de experiencias vitales de un protagonista singular y de su instrumento musical igualmente singular. Las anécdotas sobre las peripecias del ejecutante de este poco cordial instrumento no forman únicamente una biografía de Don Alejandro Ramos desde sus días infantiles hasta los de su senectud aún activa, sino son la historia del entretejido de leyendas y narraciones que han formado la íntima historia de una comunidad humana y de su relación cordial con los seres celestes. Jesucristo, la Virgen María, los santos, los ángeles y hasta los demonios forman parte de la vida cotidiana y le dan al paso de cada año y al paso de los años una fisonomía identitaria peculiar.

La imagen titular de la parroquia, que celebra su fiesta en el mes de agosto, el de las mazorcas tiernas del maíz amable--María elevada al cielo, su Asunción gloriosa toda azul-- no podía haber llegado de cualquier manera a tomar posesión de su lar. A ella “[...] la descubrieron en la entrada de la iglesia viejita. Hizo el Padre una misa como a las 10 de la mañana...aún había muchos inditos...Cuando el Padre daba el sermón todos se estaban durmiendo. De pronto el Padre vio que entraba una mula con la carga dentro de la iglesia. El Padre gritó: ‘--¡Saquen esa mula, alguien la andará buscando!’...Esto ocurrió dos veces...” La mula murió a la tercera vez y, después de llamar al comisario, quien levantó un acta, la descargaron y abrieron la caja de la carga. Entonces “[...] comenzaron a sonar las campanas siendo que nadie estaba en el campanario. Entonces descubrió el lienzo traslúcido y descubrieron el brillo de una corona de oro y otra de plata que se encontraban en la caja. También traía sus anillos y desprendía la Virgen un olor a perfume. Era la novedad en el pueblo. Traía con ella una caja de madera que contenía el inventario y los documentos. Cuando comenzaron a leerlos vieron que provenía de España y desde ese día proclamaron que la Virgen se quedaba en Xala.”¹

Ese relato conecta directamente con la “contratación” de la chirimía, pues fue la Virgen misma quien, en traje de dama joven, contrató en Guadalajara al primer pitero y le pidió que llegara el 26 de julio, día de su “primera entrada” (festividad, por otra parte, de la abuela de Jesucristo, Santa Ana) y se quedara hasta el día de su “santo”, el 15 de agosto: “[...] Llegaron los días de las fiestas y la gente empezaba a organizarse; se hizo

¹ Pp. 35s. 38.

una réplica pequeña de la Virgen para traerla como estandarte. El pitero llegó...y empezó a ver en el pueblo las casas hasta que se subió a un alto y vio que resaltaba la torrecita de la iglesia... ‘--Pos...ahí va a ser, lo más seguro.’ Se fue a buscar a la señora y la encontró grande, bonita, con su coronota y con los brazos abiertos. ‘—Esta Virgen se parece mucho a la señora que fue a contratarme... pues sí es.’ Y así fue...”²

Esta narración popular une, en ejercicio leve de ruptura del espacio y del tiempo, historias bíblicas con sucesos de todos los días; la Virgen no es sólo nativa de Palestina, lo es de nuestra tierra. Lo sobrenatural, el milagro cercano, no vienen a ser algo de otras tierras o de otros tiempos; es la inserción de lo eterno en la cotidianidad, el triunfo de lo permanente sobre lo efímero. Tarea vana, por ello, sería encontrar anacronismos o fallas geográficas en el relato de Don Alejandro. Al ciclo anual de las estaciones, de la esterilidad y la fecundidad, de la siembra y la cosecha, vivos en las sociedades rurales de todas las latitudes, se une el ritmo de la ritualidad cristiana precedida por la judía y, sin relación directa pero con la que concede el común origen de la humanidad y su apertura a la visión del cosmos y sus fuerzas, por las religiones naturales del Hemisferio Norte y concretamente de Mesoamérica. A nadie debe parecer extraño ni heterodoxo, pues, a la luz de la Encarnación, lo que afirma Lourdes Pacheco en el “prólogo” a este libro, pues “[...la] reinvencción del cristianismo que en México gravita alrededor de la mesoamericana deidad del maíz y celebra su pervivencia al mismo tiempo que canta la muerte del Cristo mestizo que se venera por todo el país.”³ Con la luminosidad que da la experiencia pastoral, quedó escrito en el documento de Puebla, fruto de la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: “La Iglesia, pueblo de Dios, cuando anuncia el Evangelio y los pueblos acogen la fe, se encarna en ellos y asume sus culturas. Instaura así no una identificación sino una estrecha vinculación con ella. Por una parte...la fe transmitida por la Iglesia es vivida a partir de una cultura a partir de una cultura presupuesta...Por otra parte, permanece válido, en el orden pastoral, el principio de encarnación formulado por San Ireneo: ‘lo que no es asumido no es redimido.’”⁴

El repaso de las anécdotas de la vida de Alejandro Ramos es el repaso por un tiempo que fue, a la vez, denso y ligero. Denso porque no temía convivir con los santos, esconderse con astucia de las asechanzas del diablo y padecer y sufrir junto con

² Pp. 38.39.

³ P. 7.

⁴ N. 400.

Jesucristo cuya sangre derramada no fue inútil sino redentora. Ligero porque como María llevada al cielo —“¡Qué hermosa, qué linda!, ¡hoy a ver a Dios te vas!”—, dijo Sor Juana—el tiempo del cristiano en el destierro—“en este valle de lágrimas--terminará en feliz convivencia con los habitantes del cielo.

En los relatos de Don Alejandro brilla la luminosidad de la Virgen y su feliz tránsito y se oye la seriedad grave de los pasos de la Semana Santa.

Las representaciones dramatizadas de la Pasión, algunas de origen medieval, se desarrollaron en el ámbito paralitúrgico y obedecían a la creciente incompreensión de la lengua latina litúrgica, la poca emotividad del rito romano, demasiado racional y sobrio y a los horarios matutinos de todas las celebraciones litúrgicas antes de la reforma de Pío XII en 1957. Sin embargo, tres tradiciones populares se integraron en la liturgia de la Semana Mayor: la procesión con palmas el domingo, el lavatorio de los pies del jueves y la adoración de la cruz del Viernes Santo.

No creo que la implantación de la “Judea” en Jala sea tan antigua como se dice y desde luego no pertenece al “teatro evangelizador” de los primeros tiempos, pues no hay modelos similares y difícilmente podrá ser calificada como costumbre centenaria o inmemorial. Esa representación de la Última Cena y la Pasión ha sufrido sin duda muchas, por no decir demasiadas modificaciones y el parlamento que se recita en la actualidad adolece de traslape de textos y de excesiva longitud para el público contemporáneo. Es sabido que la mano del poeta santiaguense Octavio Campa Bonilla estuvo presente hace alrededor de treinta años purificando esos textos pero no lo logró de modo integral. Habrá que acercarse a la vista y a la sensibilidad los textos de los Evangelios y de las narraciones apócrifas y encontrarle nueva fuerza al dramatismo natural de las escenas, si queremos que no quede como simple obra folklórica de raíces tradicionales despegadas del ritmo de la vida. El pitero, sin embargo, todavía en esta Semana Santa de 2013 aportó su silbido dramático que se dirigió no a los oídos sino al corazón.

Este libro es un testimonio de valía. Es un rescate importante que se hizo a tiempo, pues la vida de Don Alejandro está ya muy avanzada. Algunos podrán leerlo con nostalgia, sobre todo teniendo en cuenta que no se ha encontrado a un sucesor de su altura y calidad a pesar de los esfuerzos y tendrán razón al afirmar que el futuro será de silencio y que la repetida afirmación “sin chirimía no hay fiesta” parecerá profecía o mal augurio y ya ha sido realidad en las celebraciones de agosto de este 2013.

El horizonte interpretativo, sin embargo, ha de ampliarse, para no caer en un fácil pesimismo.

El tiempo cíclico, el que vuelve una y otra vez al ritmo de las estaciones, base del tiempo litúrgico y cimiento de las culturas rurales, está casi apagado por la invasión del tiempo lineal, el de la prisa del paso de los días y el de la espera de un futuro que aunque no existe y el fin de las ideologías utópicas más fuertes ha demostrado como ilusión, atrae con fuerza a personas y a las comunidades. El tiempo cíclico no es sólo un modo de asomarse al paso de las horas y de los días, sino su superación, la llegada a un *centro* donde habita la calma auténtica a través de la humildad y la aceptación del sentido de la vida.

Jala (o Xala) vive en su gente, en este mundo interconectado, la pérdida del centro y la andanada de una tremenda reelaboración de la cultura (es decir, de los valores, los puntos de interés, los modelos de vida) que es un reto que difícilmente se podrá afrontar sin reflexión y sin una grandeza de ánimo extraordinaria. No bastará hablar de un superficial “rescate de tradiciones” basado en programas efímeros. Se trata en realidad de una tarea teológica, pues “[...] la tradición no es solamente una memoria, supone una profundización espiritual, pues no se guarda sólo en el espíritu, sino en el ‘corazón’, que medita amorosamente lo que conserva. No es solamente fidelidad al recuerdo sino fidelidad a una adhesión vital.”⁵

Habrà por consiguiente que unir el sonido de las palabras y la evocación musical a la realidad significada por ellas. Acercar el Evangelio con su fuerza transformadora a la cultura cambiante, es decir, evangelizar la cultura.

Manuel Olimón Nolasco.

17 de agosto de 2013.

⁵ Yves Congar, *La tradition et les traditions*, I: *Essai historique*, Paris 2010 (ed. original 1960) p. 27. (Traducción del francés).